



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4 de 1922 MONTERREY, MEXICO

EL ROMANTICISMO

I

Orígenes.—Los prerrománticos.—Tendencias nuevas: El Instinto: Juan Jacobo Rousseau.—La Naturaleza: Bernardino de Saint-Pierre.—¿Fué romántico Andrés Chénier?

Si la palabra *romanticismo* se ha definido de mil modos y en todos ellos hay su parte de verdad; si para unos es la juventud en el arte, para otros la infracción de las reglas, para Víctor Hugo el liberalismo, para la Staël la sugestión de las razas del Norte, y para un crítico moderno — perogrullescamente — lo contrario del clasicismo, con la historia en la mano no puede negarse que el romanticismo en Francia representa (entre otras secundarias) tres direcciones dominantes: el individualismo, el renacimiento religioso y sentimental después de la Revolución y el influjo de la contemplación de

la naturaleza, unido á alguno menos importante, como el localismo pintoresco.

Este romanticismo francés, traído por circunstancias históricas, y no del todo castizo, es un fenómeno complejo y en él coexisten elementos del soñador romanticismo alemán, del tradicionalista romanticismo español, del esplenético romanticismo inglés, del patriótico romanticismo italiano, y, dentro de cada uno de estos romanticismos nacionales, de centenares de romanticismos individuales, comunicados á la colectividad. Tal vez es ocioso decir que el romanticismo moderno apareció en los países sajones antes que en los latinos, hogar de las letras clásicas. Francia no ha sido excepción á la regla, y más bien pudiera asegurarse que en ningún país latino fué más genuína la formación del ideal clásico, aunque, en la tradición artística y literaria francesa en la Edad Media, encontremos tan copiosos elementos románticos, que los poetas del Cenáculo, al contemplar á la luz de la luna las torres de Nuestra Señora de París, no hacían más que enlazar el pasado con el presente.

Al salir, después del Renacimiento, del período de imitación clásica y erudita, aparecieron de realce en Francia ciertas cualidades, por las cuales ha solido caracterizarse el genio literario francés. Dotes de claridad, de buen sentido, de gusto delicado, de ironía sin excesiva amargura, de crítica fina de la ridiculez humana, de equilibrio y disciplina, de orden en exponer, de método en componer; todo lo

que pudiera llamarse antirromántico, brilló en la literatura francesa durante sus siglos de oro, el XVII y la primera mitad del XVIII. La agitación, más intelectual y política que literaria, que precede á la Revolución, rompe la armonía de aquella majestuosa literatura, tan enlazada al estado social, y el romanticismo brota sobre el terreno candente, obstruído por las ruinas y encharcado de sangre.

No ha faltado en Francia quien haya visto albores de romanticismo en los propios clásicos, en la honda psicología de Racine, en el nihilismo cristiano de Blas Pascal, en el desdichado amor de *Calipso* y hasta en la solémne melancolía de Bossuet. Por lo que hace á Racine, no dejo de compartir la idea. Racine fué un espíritu hondamente religioso, agitado por las tormentas de la pasión, y hasta se cree que por los tártagos del remordimiento. En su biografía sobreabundan los elementos románticos, y en su teatro, tan admirable, lo que corresponde al clasicismo es lo formal; lo esencial es romántico también. Quizás no exista, entre la hueste romántica, nadie que haya prestado al amor sentires más hondos y doloridos, y si por un lado Racine se acerca á los griegos, por otro es un moderno—lo más moderno que conozco—con vestidura de su época, naturalmente.

No olvidemos otra influencia prerromántica insinuante, exaltación de la sensibilidad en una época de seca galantería y helada corrupción: me refiero á las epistolistas, del género

de la señorita de Lespinasse (1), autoras de cartas apasionadas, mujeres que presintieron el código moral de la dilatada progenie de Rousseau, promulgado más tarde por *Leila*; precursoras del dogma de la santidad de la pasión y de ese lirismo individualista que hace de un corazón eje y centro del mundo. En la confusión cada vez mayor que va a establecerse entre lo vivido y lo escrito, las Alcofurados que desde un claustro se derretían en incendiarias epístolas, los episodios pasionales, como el de Sofia y Mirabeau, las tiernas Aïssés, iban a ejercer acción poderosa.

La Enciclopedia, ó mejor dicho, el espíritu enciclopédico, que es centrífugo, irradiando más allá de la nacionalidad, sirvió de puente entre los últimos clásicos y la naciente ebullición romántica. En realidad, no hay cosa que parezca más opuesta al romanticismo que la Enciclopedia; y no sólo lo parece, sino que, bien examinados los enciclopedistas, les penetra hasta la medula el clasicismo y el prosaísmo racionalista nacional. Sirvió, no obstante, para preparar la transición, mediante la tendencia anárquica, tan marcada en autores como Diderot, la importación de elementos ingleses y la agitación política y social.

Contemporáneo de los enciclopedistas, pero opuesto á ellos, es el que, con rara unanimidad, señalan los críticos como iniciador del romanti-

(1) Las cartas de la señorita de Lespinasse no vieron la luz hasta 1809.

cismo: el insinuante y contagioso Rousseau (1).

Antes de hablar del iniciador del romanticismo, conviene que yo insista en algo ya indicado en el breve prefacio de estos estudios. Y es que si la ortodoxia crítica enseña á considerar el arte literario principalmente en su aspecto estético, hay momentos, ó por mejor decir épocas, en las cuales lo histórico se sobrepone, y las obras de arte no pueden mirarse con el elevado desinterés con que miramos hoy una estatua griega, un vaso italo-etrusco ó un tríptico medioeval. Desde la Enciclopedia, pasando por la Revolución y sus consecuencias, hoy plenamente desenvueltas en las corrientes sociales, rara será la página de literatura francesa en que podamos aislar de elementos extraños la belleza literaria. La estética pura murió con Luis XV. Resucitará algunas veces; vendrán las «torres de marfil», pero la marea lo arrastrará todo. En los siglos de oro, en las naciones sólidamente arraigadas, es donde florece la belleza con libertad mayor. Racine, al crear *Fedra*, no sufría la imposición de la lucha, la inquietud de la hora; sólo el ardiente soplo de la musa le encendía el espíritu.

En general, no necesitamos conocer la biografía de los grandes artistas puros; debe bastarnos el examen de su labor; mas en el caso presente, la biografía y la individualidad adquieren importancia, sólo comparable á la que

(1) Juan Jacobo Rousseau. Nació en Ginebra en 1712; murió en Ermenonville en 1778.

revisten los escritos por su influencia en los sucesos. Sirva de excusa y pasemos adelante.

Menos que en nadie, pueden aislarse en Rousseau los escritos y la vida. Su carácter ha sido juzgado con merecida severidad, sin otra disculpa que la vesania: no recuerdo si Lombroso le incluye entre los matoides, pero sería justo. Elocuente y lírico y sentimental en medio de sus sequedades de corazón (á fuer de desequilibrado), habrán existido pocos escritores tan estrechamente dependientes del influjo de las circunstancias. Sus miserias físicas y morales forman parte de su retórica, como el cinismo de Villón formaba parte de su poesía; hay, sin embargo, la diferencia de que en Rousseau, representante de los tiempos que advienen, se abre camino la tendencia (tan significativa dentro de la grave enfermedad moral contemporánea) á hacer la apoteosis de todos los instintos humanos, antes reprobados, y hoy sancionados, en el mero hecho de existir.

Es increíble la suma de elementos perturbadores que aporta Rousseau. Nótese lo que pesa en su vida el nacer plebeyo. Más tarde, los románticos, con Víctor Hugo á la cabeza, se preciarán de aristócratas; Beránger dará una nota original hablando de «su viejo abuelo, el sastre». Sin ser Rousseau el primer escritor salido de las filas del pueblo, es el que primero alardea de la soberbia demagógica que va á desplegar triunfalmente la Revolución, bajo el nombre de «igualdad».

Pechero en una sociedad linajuda; pobre

con imaginación para soñar la riqueza; envilecido, depravado, y tal vez anómalo en su organismo; vago y buscavidas á lo Gil Blas, pero sin buen humor, que es género de resignación; aquí lacayo, allí dómine; enfermizo desde la cuna, hipocondríaco, presa del delirio persecutorio, nació Juan Jaboco para enseñar á un siglo la triste ciencia de devorarse el corazón, y para suscitar la «juventud que no ríe», los aburridos, los fatales, los frenéticos y los suicidas. Con tanto como se ha hablado de «la carcajada estridente» y del gélido escepticismo volteriano, hoy, pasada la hora de la negación frívola, y ateniéndose á lo real, se ve cuánto más corruptor es Rousseau y cuán larga la vibración de sus instigaciones. El heraldo de la nueva literatura no es el gran prosista autor de *Cándido*, sino el poeta en prosa autor de *La Nueva Heloísa*.

En un rasgo de lucidez crítica dijo de sí Rousseau que tenía alma afeminada. Así es el alma del romanticismo, ó mejor dicho, del lirismo que inficiona á toda una generación. Es el alma típica del «enfant du siècle», de Rolla, de Wherter acaso. Se inicia el descenso de la masculinidad y empiezan las quejas, los llantos y las exhibiciones de lo íntimo, el ansioso llamamiento á la compasión humana. Rousseau, con *Las Confesiones*, lo inaugura. Ciertamente, hacía bastantes siglos, en una ciudad africana hoy devastada y en ruinas, se habían escrito otras *Confesiones*. Y no sé si hay algo más varonil que el espectáculo dado por

el Obispo de Hipona al sacar de su culpa su grandeza moral, mediante el arrepentimiento fecundo. La novedad en Rousseau, ¡y qué transcendencia la de tal novedad!, es que no se arrepiente. «Somos así... ¿No lo sabíais? Pues hay que glorificar lo que es, únicamente porque es...» Y fluyen las corrientes de lenidad, el más activo agente de las disoluciones...

Rousseau fué un ídolo. El hijo del relojero ginebrino; el literato hambrón que vivía de copiar música, se apoderó del porvenir, no acusándose, sino exhibiéndose.—El ideal de la dignidad humana ha sufrido el primer bofetón: su calvario continuará.—Mientras los enciclopedistas pretendían instaurar á galope toda la ciencia y crear la Suma moderna, Rousseau, dejándose atrás el monumento de cartón, ahondaba en sí mismo—en un *yo* degradado—, y triunfaba. La revolución política y social, preparada por la Enciclopedia, vino impregnada de Rousseau; en ella y en la literaria perdura el impulso. Bárbaros sublimes como Tolstoy, que parecen magníficos osos polares, llevan en sí á Rousseau disfrazado, bajo una piel densa, que engaña.

Acaso un fenómeno psicológico provocante á risa, manantial de donaires para la musa cómica, fué uno de los factores literarios de Rousseau: la timidez. No la timidez delicada del que desconfía de sí mismo, sino la del exaltado amor propio. Temperamento muy combustible, espíritu sentimental—digan lo que quieran algunos críticos empeñados en negar á Rousseau

hasta las cualidades de sus defectos—, sólo en la literatura acertó á revelarse. Cohibido siempre ante las mujeres, y más cohibido cuanto más prendado, buscó desahogo en la música y en la página escrita, y así, finalmente, pudo conseguir la completa expansión presentida en la juventud y ansiada con entera conciencia en la edad madura. «Hago—decía en sus *Confesiones*—lo que no hizo nadie: mi ejemplo es único; muestro patente mi interior, tal cual lo has visto tú, ¡oh, Ser Supremo!» Y es verdad: antes de Rousseau no existían *pelicanos*. Después sí: larga serie de poetas veremos desfilar, arrancándose las entrañas para ofrecerlas al público sangrando aún. Y, á fuerza de mostrar, no serán sólo las entrañas.

No queriendo citar de ningún autor sino las obras realmente significativas, de Rousseau señalaré las siguientes: *Discurso sobre las ciencias y las artes*, *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad*, *Carta sobre los espectáculos*, *Emilio*, *La Nueva Heloisa*, *El Contrato Social*, *Las Confesiones*. Los cuatro últimos son libros innovadores y disolventes; *Emilio* desbarata la antigua pedagogía; *La Nueva Heloisa* abre senda á la pasión y entierra la galantería caduca, con ritornelos de minué; *El Contrato Social* prepara la obra de la Convención y la declaración de los *Derechos del hombre*; *Las Confesiones* fundan el subjetivismo romántico. No puede hacerse más con menos tinta.

Y cabe añadir: con menor cantidad de ideas.

Contadas—pero de extraordinario dinamismo en aquel momento—fueron las propagadas por Rousseau, ó mejor sus utopías. En distinta forma que Diderot, afirmaba la inocencia primitiva del hombre y un estado anterior á la civilización, en que todo era paz, pureza, armonía y virtud. La sociedad se encargó de pervertir á un sér venturoso y noble, muerto para la dicha y el bien desde que trocó la vida de desnudez en las selvas por la ignominia del traje. La cultura es el mayor enemigo de la verdad. Las ciencias y las artes, la literatura, los teatros, los museos, cuanto creemos que embellece el existir, lo corrompe y deprava. He aquí una de las ideas de Rousseau que trajeron más cola. Aun hoy andan glosándola los «futuristas». No es mucho que Voltaire, con la ironía de su perspicacia, dijese que al leer tales lucubraciones entraban deseos de ponerse á cuatro pies.—La gente hizo más caso al utopista que al burlón. De esta concepción de los orígenes de la sociedad, que no parece sino inspirada en el que Cervantes llama inútil razonamiento de Don Quijote á los cabreros (tan acorde con las doctrinas de Rousseau hasta en lo referente á moral sexual), se derivó la filosofía del derecho político del *Contrato*, el individualismo socialista, la negación de la autoridad y de la propiedad y casi todo el movimiento social presente.—Debe tenerse en cuenta que Rousseau no era realmente lo que se llama un revolucionario; no aconsejaba que se destruyese, antes que se conservase, lo existente;

bien se lo echaron en cara sus amigos de un día, los que entonces ostentaban el calificativo de *filósofos*, y que, al contrario de Rousseau, creían firmemente en la necesidad de la convulsión política, en el advenimiento de tiempos mejores y en el triunfo final de la razón, mediante la libertad, panacea soberana. La distinción entre la democracia y el socialismo estaba iniciada desde el disentimiento de Rousseau y los enciclopedistas, y Proudhón no necesitó, para emitir su famoso axioma, sino empaparse en el *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad*.

El Contrato supone que el hombre, al asociarse—con plena conciencia de sus derechos—, ha pactado y estipulado condiciones. «Es—escribe Pablo Albert, severísimo censor de Rousseau—la supresión de la libertad en pro de la igualdad; la Esparta de Licurgo propuesta como ideal; la intolerable confusión de las sociedades modernas con las antiguas. Los ciudadanos espartanos tenían esclavos...; nosotros no; los esclavos sufrían el peso de la asociación, sin formar parte de ella.» A pesar de fundarse en una hipótesis gratuita, la acción de *El Contrato* fué inmensa y duradera, así en los hechos históricos como en el pensamiento científico. Un sabio profesor español, Dorado Montero, ha podido decir con exactitud que fué el influjo de Rousseau tan absoluto y visible que no hubo pensador que se sustrajera á él, aun los que se proponían combatirlo; hallándose no pocos economistas y filósofos contemporáneos,

más que inspirados, saturados de la doctrina de *El Contrato Social*.

La misma tesis que en los *Discursos* y *El Contrato* hállase en el *Emilio*. Puesto que el hombre nace bueno, que sus instintos naturales son sagrados, y es la sociedad la que le pierde, la mejor pedagogía será la que más le aproxime á la naturaleza. Dejar al niño entregado á su espontaneidad; suprimir castigo y premio; no darle enseñanza religiosa, ni científica, ni literaria. Al lado de tal sistema, que convertiría al alumno en un Segismundo, criado como las fieras en el bosque, hay en el *Emilio* algo muy provechoso á la generación que tan ávidamente leía y con tal fanatismo se dejaba guiar por la novela pedagógica de Rousseau. No me refiero á los preceptos concernientes á la lactancia materna, al aprendizaje de un oficio manual (1), ni á la enseñanza intuitiva—aunque nadie pueda negarles originalidad en aquel momento—; aludo al sistema de fomentar el desarrollo físico y las energías vitales en el alumno; porque si bien se mira, y descartando afectaciones hoy candorosas, lo que se deduce del *Emilio* es la obediencia á las leyes naturales, y la máxima de que la *institución humana* debe anteponerse, y en último

(1) Puede parecer curioso, como señal del eco prolongado que despertaron los escritos de Rousseau, que todavía las doctrinas del *Emilio* hayan sido causa de que, á mediados del siglo XIX, y en Galicia, el conde de Pardo Bazán, padre de quien esto escribe, á la vez que estudiaba Derecho, aprendiese el oficio de encuadernador.

caso, sobreponerse á la *institución científica*. No he menester añadir que este principio late y predomina ya en los sistemas de educación de los países más vigorosos, por ejemplo, Inglaterra.

Considerando que el talento de Rousseau está más condicionado por los impulsos de la voluntad (en cuanto sentimiento) que por el raciocinio, no parecerá extraño que los libros suyos que conservan mayor frescura sean aquellos en que ni aun pretende filosofar: una novela y una autobiografía: *La Nueva Heloisa* y las *Confesiones*. Aunque el lirismo sensual de Rousseau asoma su oreja de fauno en otros escritos, en éstos se ostenta con indecible seducción agitadora, más peligrosa cuando el romanticismo se acercaba. Los que hoy leemos á Rousseau estamos, por decirlo así, vacunados mediante una sueroterapia de lecturas sugestivas, y antes que á contagiarnos, propendemos á notar y satirizar el énfasis risible, la fraseología anticuada, la declamación, todo lo que marchita y encanece á un libro recargado de las sensiblerías de la época que, entre apologías de la inocencia y la virtud, iba á recibir de los Saint-Just y Robespierre, lectores de Rousseau, un baño completo de sangre; y con todo eso, en ciertos pasajes, por ejemplo, la Carta XIV y la XXXVIII de la primera parte de *La Nueva Heloisa*, ó los recuerdos de la infancia en las *Confesiones*, nos sentimos subyugados y comprendemos la fascinación. La novela psicológica y pasional, que ha llegado actualmente á

perfección intachable, no tiene el calor y la sinceridad íntima de *La Nueva Helotsa*, sin duda composición extravagante y quimérica, pero, en su primera parte, filtro. La vivacidad de las pinturas, que nunca rayan en impudor ni menos en grosería, debió de parecer, y era, decencia y delicadeza, en aquel siglo acostumbrado al desenfreno del estilo y á los madrigales eróticos; y Julia y Saint-Preux trajeron una ráfaga de ideal.

Es verdad trillada que á un escritor no se le comprende si no se le coloca en el ambiente de su época. Juan Jacobo, dado el tiempo en que vivía, no fué libre en la frase, si exceptuamos algunos pasajes crudos que se encuentran en las *Confesiones*. Su estilo revela, por el contrario, prurito de nobleza. A no ser así no se explicaría que subyugase la imaginación de las mujeres, encontrando en ellas rendidas admiradoras, sectarias incondicionales. Y no eran las mujeres del siglo de Rousseau ovejas del dócil rebaño. De Rousseau aprendieron el romanticismo de la maternidad, y las dos más ilustres literatas de Francia en este siglo, la Staël y Jorge Sand, en Rousseau se moldearon, sin hablar de aquella Roland, que reprodujo fielmente el tipo de *Julia*.

El estilo de Rousseau, musical y pintoresco, sujeto á la retórica de su época, la sufre impaciente y se desborda. Él hizo de la prosa y de la poesía dos hermanas siempre en litigio: la que llamamos prosa poética, con sus bellezas y sus intolerables defectos, es creación de

Rousseau; la veremos llegar al límite de la sonoridad y del colorido en la pluma de Chateaubriand.

El ansia de expresar afectos y sueños que en la vida real la timidez comprimía dolorosamente; la protesta contra una sociedad á la cual oponía el estado primitivo, la idílica edad de oro, y el deísmo exaltado, el culto del *Ser Supremo* contra el de la *Diosa Razón*; estas tres formas del sentimiento y del pensamiento de Juan Jacobo, se reúnen para crearle iniciador del culto de la naturaleza, cuya vista y contemplación le causaba transportes semejantes á los transportes amorosos. También la afición al campo, para decirlo llanamente, se ha vulgarizado y ha llegado á ser patrimonio del último burgués; pero entonces la jardinería, como la pedagogía, se encerraba en un conjunto de reglas para recortar, alinear, desfigurar, en suma, la obra de Dios, y no era dogma establecido que el paisaje más hermoso es el más intacto. Sentir el campo como se siente la música, que arrulla y excita, que produce simultáneamente languidez y embriaguez, tampoco era entonces costumbre ni aun de los que se pasaban la vida rimando pastoriles simplezas. El paisaje escrito, como el paisaje pintado, es un fruto de nuestra edad. Rousseau trajo la llave de oro de un mundo mágico. Por vez primera un paisaje escrito fué «un estado de alma». Sobre el lienzo, Watteau había dado esta nota de profunda poesía; Rousseau la dió en el papel, abriendo la puerta á artistas que

habrían de sobrepujarle en fuerza descriptiva y en resonancia del alma de las cosas: Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand. No fué en Rousseau un lugar común de retórica aquel sentimiento de la naturaleza que comunicó á la literatura. Hay críticos que señalan como fecha memorable para la renovación literaria la del día en que madama de Warens dijo á Juan Jacobo, señalando á una florecilla azul: «¡Pervínca!», grito que Juan Jacobo repetía enajenado muchos años después. Y es que para su imaginación era un sortilegio la naturaleza. El nos lo dice, en uno de sus momentos de plena sinceridad: «Mi fantasía, que se exalta en el campo y bajo los árboles, languidece y sucumbe en la habitación, bajo los pontones de un techo. Muchas veces he lamentado que no existiesen Driadas; de seguro que entre ellas me hubiese fijado yo.»

Aunque menos influyente que Juan Jacobo, el autor de *Pablo y Virginia* (1) es tipo expresivo; en él se ve con claridad la transición del siglo XVIII al XIX. He aquí la fácil genealogía de *Pablo y Virginia*: esta novela es hija de *Robinsón*, madre de *Atala* y abuela de *El castamiento de Lotí* y *La señorita Crisantelmo*. En las letras no hay generación espontánea; todo libro nace de otro libro, toda idea de otra idea (sin detrimento de la verdadera originalidad,

(1) Bernardino de Saint-Pierre. Nació en el Havre en 1737: murió en Evagny en 1814.

que consiste en el *carácter individual* de las obras).

Bernardino de Saint-Pierre aplicó la utopía de Rousseau, pintando el amor lejos de la sociedad, que todo lo marchita y corrompe. Los criollos Pablo y Virginia, inocentes capullos acariciados por la brisa de los trópicos, cargada de aromas de limonero en flor, al ponerse en contacto con la sociedad, sucumben. Tal es el asunto del idilio que hizo derramar lágrimas al oficial de artillería que se llamaba Napoleón Bonaparte. El autor traducía en el tierno episodio, entresacado de los *Estudios de la naturaleza*, sus propias aspiraciones: toda la vida soñó Bernardino poseer una isla desierta como la de *Robinsón*, fundando en ella una colonia para refugio de las gentes desgraciadas, *virtuosas y sensibles*, y ejerciendo la dictadura; quimera que estuvo á pique de convertirse en realidad cuando esperaba de la gran Catalina de Rusia, enamorada de él, según dicen, una concesión de terreno á las márgenes del lago Aral, donde renovar la edad de oro é instituir el Edén. Aunque misántropo y alucinado como Juan Jacobo en la segunda mitad de su vida, no fué tan amargo ni tan receloso Bernardino; conoció afectos de familia, y su inspiración bucólica, oreada por el soplo de la musa de Virgilio, hizo de él un paisajista incomparable. Sus paisajes son sobrios, finos de color (como diríamos hoy), dulces, blandos; sus comparaciones siempre felices y apropiadas, y su fantasía casta, melancólica y riente

á la vez. Modelo de belleza tomada directamente de la naturaleza misma, es aquel encantador pasaje referente á la niñez de Pablo y Virginia, á aquella intimidad en la cuna que les predestina, por decirlo así. Todavía hoy se lee con delicia la comparación de los dos brotes de árbol, y encanta la miniatura de los dos niños «desnudos, que apenas pueden andar, cogiditos de la mano y por los brazos, como suele representarse la constelación de Géminis».

Del que escribió un idilio tan tierno y supo despertar la sensibilidad y hacer derramar más lágrimas por la criolla Virginia que nunca fueron derramados por la griega Ifigenia, se ha dicho lo mismo que de Rousseau: que su vida estaba en abierta contradicción con sus escritos, su estilo con su verdadero carácter. Apologista del amor puro y desinteresado, Bernardino de Saint-Pierre se pasó la mocedad, y aun la edad madura, buscando boda fastuosa, mujer rica é ilustre. Su hermosa presencia le prometía en tal aspiración feliz suceso; pero lo cierto es que Bernardino de Saint-Pierre consiguió triunfos de galantería, sin lograr el casamiento brillante con que soñaba. Si la princesa rusa María Miesnik accede á santificar ante el ara unas relaciones secretas, es probable que los *Estudios de la naturaleza* jamás hubiesen visto la luz.

Lástima grande sería, porque Bernardino de Saint-Pierre, cuyo mal sino literario—dice con razón un eminente crítico—ha sido llegar

á la palestra después que Rousseau y antes que Chateaubriand, es superior á aquél por la precisión y acierto del pincel, y á éste por la suavidad y delicadeza del sentimiento. Muy olvidado está hoy, y hasta puede decirse que una capa de suave ridiculez ha caído sobre la historia de *Pablo y Virginia*; pero ¿acaso se lee más *La Nueva Heloisa*? ¿Acaso el ardoroso episodio de *Veleda*, acaso los amoríos y la muerte de *Atala* no duermen en el mismo cenotafio, donde, excepto contadas obras señaladísimas del humano ingenio, paran todos los libros que un día agitaron el espíritu y concretaron el ensueño de una generación? Cada libro eficaz produce un movimiento, hace pensar ó sentir, ó las dos cosas á la vez, y, causado lo que causar debía, va primero á la penumbra, luego á la sombra. Su efecto continúa, manifestado en otros libros, en la impulsión general de una época. La primer prolongación visible de la escuela de Saint-Pierre son Chateaubriand y Lamartine.

Lo mismo que Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre era deísta, admirador de la obra divina, convencido de su finalidad, que predicaba sin descanso; y estos deístas de fines del siglo XVIII, de un racionalismo optimista y reverente, fueron tal vez precursores de la gran reacción católica, bajo el romanticismo. En sus *Estudios de la naturaleza*, Bernardino de Saint-Pierre fustigaba á los ateos, y esta obra, demostración sistemática del orden providencial en lo creado, vino á su hora, antes

del *Genio del Cristianismo*; no es extraño, sino característico de aquel momento, que, por ella, el clero pensase señalar una pensión á Saint-Pierre, considerándole el mejor apologista de la verdad contra los enciclopedistas y contra Buffon.

Entre los precursores del romanticismo hay quien cuenta á Andrés Chénier (1): yo no veo en él, salvo el espíritu de independencia, elemento romántico alguno (2). En los parnasianos podría comprobarse influencia suya: no en Chateaubriand, ni en Lamartine, ni en Hugo, ni en Musset. Á pesar de la autoridad de Sainte-Beuve, que no se equivocó en esto sólo, y que por otra parte multiplica los distingos; á pesar del culto que algunos románticos consagraron á la memoria de Chénier sin imitarle, el autor del *Oaristis* no es sino el último clásico, si esta palabra no se toma en un sentido estrecho y no se reduce á lo que significaba allá por los años de 1830, entre el fragor de la batalla. El error de afiliar á Chénier en la falange romántica tal vez nace del dramático fin del poeta. Precursor nunca podría haberlo sido: sus poesías no vieron la luz hasta un cuarto de siglo después de su muerte; antes de su publicación se escribieron las *Meditaciones* de Lamartine.

(1) Andrés María de Chénier. Nació en Constantino-
pla en 1762: murió en París en 1794.

(2) La opinión que aquí formulo sobre Chénier figura
ba en mis Lecciones del Ateneo, profesadas hace años. Me
ha confirmado en ella ver que es la del eminente Brunet-
tière, expresada en recientes estudios.

Que se recibiesen con admiración las poesías de Chénier, nada tiene de extraño; al fin picaba más alto que el criollo Parny y que Delille: era justo saludar á aquella musa semi-helénica, vigorosa, estatuaria, joven con la eterna juventud de la hermosura y de la serenidad griega, graciosa y tierna al estilo de la antigüedad, y vibrante además, como moderna al fin, como impregnada, á pesar de un ideal de tranquila moderación, de las esperanzas y los dolores de su edad. Mas de esto á que influyese en el romanticismo, de esto á que apareciese renovando la poesía francesa, va gran distancia, aun consideradas sus innovaciones rítmicas y reconocida en él más libertad de forma que en el mismo Lamartine. Lo romántico de Chénier fué su muerte. Cada período literario tiene sus modas, y así como en tiempo de Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre se estilaban las islas desiertas ó pobladas de virtuosos salvajes, en 1820 los poetas incomprendidos y sacrificados: Chénier se convirtió en el «cisne que asfixia la sangrienta mano de la revolución». Así le pinta Alfredo de Vigny en su novela simbólica *Stello*. Y es el caso que el cisne, según refieren sus biógrafos (1), era un hombre asaz feo, atlético, robusto; que la Revolución no le arrancó de su nido para acogerle, pues él estaba metido hasta el cuello en la batalla, y no era menos revolucionario, aunque no fuese terrorista, que los que le en-

(1) Paul Albert: *La littérature française au XIX^e siècle*.

viaron á la guillotina. Bella es la muerte de Andrés Chénier, y digno de un contemporáneo de Leónidas el modo como la arrostró, despreciándola; pero en nada se parece al lánguido cisne del romanticismo el que escribe desde la prisión: «Sólo siento morir sin revolcarles en el fango, sin vaciar la aljaba.» «¡Oh mi tesoro, pluma mía, hiel, bilis, horror, númenes de mi existencia! ¡Sólo respiro por vosotros!»

Si el vino poético de Andrés Chénier procede de un ánfora antigua, su pensamiento es de su tiempo, y lo es hasta en los resabios y amaneramientos, marca indeleble del siglo XVIII; late en él el espíritu de la Enciclopedia. Chénier era, dice Chênedollé, *ateo con delicia*; uno de aquellos ateos estigmatizados por Bernardino de Saint-Pierre y Rousseau. La fe le parecía superstición, los sacerdotes embaucadores de oficio; y para que no le falte requisito alguno, sépase que uno de aquellos ardientes metales que Chénier tenía preparados con el fin de fundir campanas rivales del trueno, era un poema condenando las supuestas tropelías y atrocidades de los españoles en América, por lo cual debemos congratularnos de que tan denigradora y calumniadora campana no haya llegado á fundirse, y repetir, con distinto motivo, las palabras de Alfredo de Vigny: «Me siento consolado de la muerte de Andrés Chénier, ahora que sé que el mundo que se llevaba á la tumba era un poemazo interminable titulado *Hermes*. Iba á desmerecer; allá arriba lo sabían, y le pusieron punto final.»



II

El renacimiento religioso: Chateaubriand.—Los primeros apologistas católicos y monárquicos: Bonald y de Maistre.—Influjo del Norte: el osianismo.—Influencias europeas: Madama de Stael.

AUNQUE en Francia existía, desde la Edad Media y desde la pléyale ronsardiana, fuego escondido de romanticismo, y á pesar de los precursores, Dios sabe cuánto tardaría en alzarse la llama, á no ser por los cataclismos que cuartearon la tierra. Es preciso recordar el estado de Francia antes de 1793, y cómo lo que luego se llamó *antiguo régimen* había formado á su imagen y semejanza la literatura. Ciertamente que en los últimos años del reinado de Luis XV y en el de Luis XVI principió á disolverse la unidad y á alterarse la armonía; pero con grietas y todo, estaba en pie el sólido edificio, imponente por la regularidad de sus columnatas, la grandeza de sus pórticos, la elevación de sus techos de cedro, la majestad de sus cúpulas.